

YACARÉ. — Reptil del orden de los cocodrilos, familia de los Caimanes. En la obra de Brehm, *La Creación*, lo veo con el nombre de *chacare*, probablemente por adulteración ó arreglo oficioso de la voz tupí *yacaré*, ó más bien porque el que tradujo al castellano del alemán la citada obra era poco versado en achaques guaranícos. Baste, pues, saber que el *yacaré* de los guaraníes es el reptil llamado *caimán*.

LA LEYENDA PATRIA.



JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

RECORRÍ ayer la parte de este espléndido país que media entre la capital y Santa Lucía. Admiraba la encantadora variedad de los sitios y de las producciones, la gracia por donde quiera enlazada con el vigor y la fecundidad, como en esos árboles de las regiones amadas del sol, que brindan á un tiempo la nieve fragante de sus azahares y los dorados frutos de su oscuro follaje. Hoy he leído las poesías de Zorrilla de San Martín. El viaje intelectual no está en desacuerdo con el material: antes, es su comentario armonioso y elocuente, — y también encuentro en el libro del joven poeta, ese mismo sello de belleza cubriendo é iluminando la riqueza, como en los varios y cambiantes horizontes que nos encantaban ayer.

Naciones hay en América que no tienen todavía verdaderos poetas: son pueblos incompletos, mal desligados aún de la primitiva barbarie, sea cual fuere su potencia y desarrollo material, á semejanza de Roma durante los cinco primeros siglos de su historia. El arte superior es una aureola al rededor de las victoriosas banderas, y una especie de consagración de las conquistadas: sólo la espada del bárbaro no tiene cincelada empuñadura. Un pueblo sin poetas, me parece como

una familia sin mujeres. Un hogar que no ha visto sino las luchas y gritos groseros de los juegos varoniles, es incompleto: le faltan sus verdaderos dioses penates. La niña, desde sus primeros años, alumbra y perfuma la casa con su delicadeza y exquisita sensibilidad. Después que el padre y los hermanos trabajan, luchan, se codean y chocan en el entrevero utilitario, hallan cada tarde, al volver al hogar, esos seres graciosos, puros y frágiles como las aves y los lirios, según la imagen evangélica, tan ignorantes como éstos del trabajo y materiales preocupaciones.

El sexo femenino es una aristocracia en la humanidad: la mayor parte de las mujeres no saben ganar dinero! Mientras nosotros, los plebeyos, perseguimos el pan diario con el sudor de nuestra frente, ellas nos esperan, como el alto de la jornada, como el reposo del séptimo día, y sentimos pagados nuestros afanes con sólo mirar su alegría.

Así me parecen los poetas que se contentan con su misión divina. En el mundo inmaterial de las almas representan el sexo femenino, es decir, el sentimiento, la pasión, el entusiasmo, la delicadeza, en contraposición con nuestra reflexión y nuestros cálculos utilitarios. Los poetas tienen en el mundo la inmensa utilidad de los pájaros, de las flores, de las nubes de grana y ópalo sobre el horizonte.... ¿Quién podría representarse, sin mortal tristeza, un mundo donde no se vieran rosas en el día, y astros en la noche? — Seres, ó, como dice Platón, cosas ligeras y sagradas, no queremos hacerles demasiado dura su permanencia en la tierra, se volarían para no volver más, y nuestra felicidad los seguiría en su destierro....

Un excelente juez en materias literarias, á quien pregunté por el poeta oriental de la nueva generación, me designó á Zorrilla de San Martín. He comprado sus obras, las he leído; y, como después del placer de ad-

mirar, no hay otro igual al de contar su admiración, voy á decir mi parecer.

Las primeras piezas del libro lírico publicado en Chile, son como el balbuceo risueño é infantil de la inspiración. El niño-poeta camina todavía con andadores. Pide la forma y las imágenes á Espronceda, Lamartine, Becquer. Este último, sobre todo, ha dominado su pura adolescencia: es el *jettatore* poético que durante algún tiempo ha seducido y dominado á Zorrilla. Nadie mejor que el tierno ruiñeñor de Andalucía podía enseñarle el culto de la forma, y la potencia de la verdadera sensibilidad, de la sinceridad en la expresión.

A este grupo pertenecen la *Inspiración*, *Tú y yo*, y muchas otras miniaturas menos acabadas quizá que las de Becquer ó del *Intermezzo* de Heine, pero no menos sentidas. Estas estrofas rápidas, breves notaciones de un sentimiento, parece que quisieran escaparse del libro y palpar en los labios de las mujeres: son florecitas de tallo muy corto para dejarse atar en un ramo, son los rulitos rebeldes que no se dejan aprisionar y flotan sobre la frente de una niña.

Pero se nota ya, en la amplitud de la frase melódica, una personalidad elegida que lucha por abrirse paso, y pronto lo conseguirá. Las imágenes son á veces rememoradas ó indecisas; falta todavía la línea precisa que separa la creación de la imitación, pero ¡qué frescura é ingenuidad de sentimiento! El *Credo* es todo lo que el título promete, y aun algo más: es el *Confiteor* cándido de un alma joven que proclama sus creencias; algo como el *acto de fe* murmurado en los grandes momentos del corazón creyente, y nuestro comenzado aplauso concluye en un vago ademán de absolución.

El niño se hace hombre y empieza á sufrir: la túnica viril no va sin la corona de espinas. Pero está en esa aurora de la vida en que todo es armonía, y él canta al *Dolor*. ¡Ay! más tarde, no se cantan ni las raras y

fugaces alegrías! El corazón del hombre entonces marchito es una flor de otoño; la lluvia, ayer refrescante y renovadora, sólo viene ahora para arrancarle uno por uno sus pétalos! Modula, pues, el joven poeta su *Elogio de las lágrimas*; llama y bendice al dolor, como persigue al peligro el soldado novel que no ha sido herido aún; y concluye su inspirada oda con estos dos versos tan sentidos:

Allá, en la cima del Calvario santo,
Una madre, al llorar, bendijo el llanto.

La gran aventura de los veinte años es el amor. Todos los poetas han modulado ese embriagador *Cantar de los cantares*, que es como la respiración de la juventud; y Musset, el maestro herido de la pasión, ha lanzado este grito que atraviesa el siglo como una flecha goteando sangre:

¡Hierre tu corazón, allí está el genio!

Jóvenes, cantad el amor: cuando lleguéis á la mitad de la carrera, cuando estéis en la cumbre que pronto se bajará y de donde se divisan los vastos horizontes, hallaréis que lo mejor de la vida era esa subida por las ásperas laderas, antes de tocar la cima sin vegetación, sin manantiales, que sólo brinda al caminante el agua helada del ventisquero!

Los versos amorosos de Zorrilla no son el lamento de la pasión desgarradora, sino la queja melancólica de los primeros pesares. Envuelve su tristeza, como á veces Becquer, en no sé qué velos platónicos tejidos con ideas supraterrrestres, formas impalpables, átomos etéreos, sin peso ni definido color: tales son los *Focos*, los *Cantos y Pupilas*. El *Himno del Cielo* podía ser cantado por una Hipatia cristiana; ó recuerda aun esos versos in-materiales del *Convito* y de la *Vita nuova* de Dante adolescente, y que hace repetir más tarde al grupo vaporoso de su Purgatorio:

Los suspiros que el mundo no comprende
Y que condensa el cielo,
Los ayes de expiación que no se escuchan,
Los gemidos ahogados en secreto;

Todo vive: las lágrimas del mundo
Son el himno del cielo,
Y, al concluir el festín de los dichosos,
Ese himno se alzaré; todos lo oiremos.

Otras veces, el sentimiento es más humano, y desnudo de toda alegría mística: como ejemplo, citaré las *Vestales*, *¿Te acuerdas?* tan conmovedoras y penetrantes.

Menos me gustan, lo confieso, aunque llenos de mérito, esos largos temas desarrollados, como el *Divino Poema* ó el *Pontífice y Rey*; encuentro que se acentúa demasiado en ellos, lo que llamamos allá, por las orillas del Sena, el tono *bendecidor*. Prefiero, y por mucho, ese delicioso *Poema de las Hojas*, en que Zorrilla ha sorprendido los misterios de la vida vegetativa volviendo á sentir las fuerzas primitivas, los oscuros efluvios de la naturaleza, con el nervosismo enfermizo de Heine y casi la intensidad de Mauricio de Guérin.

Entretanto, pasan los años; detrás de la imagen de la mujer amada, mira el poeta alzarse la augusta figura de su Patria. Ya todo su corazón no pertenece al amor, y la Beatriz inspiradora va á sentir que no reina sola en el alma del proscrito. Se escapan de la lira esas tiernas seguidillas del *Cantarcillo* que recuerdan las mejores de Trueba: y luego la bella elegía *Pensando en la Patria*. Como en la sinfonía de *Guillermo Tell*, son los preludios precursores de la tempestad y del himno de resurrección que no tarda en estallar; y Zorrilla de San Martín entonó su LEYENDA PATRIA.

Lo sabe todo el mundo americano. Es un poema en

el gran sentido de la palabra, es decir, una creación. La LEYENDA PATRIA me parece muy superior al *Canto d Junín* de Olmedo. Aquí, nada de teatral, ninguna personificación mitológica, nada de heladas evocaciones de los sepulcros de los siglos: todo se agita, vive y palpita, y las palabras parecen calientes aún del aliento de fuego que las lanzó. No hay otra alegoría que la Musa patria, patética y bella, envuelta en esa gloriosa bandera tricolor que los *Treinta y Tres* inmortales hicieron flamear al viento, como el bien conocido estandarte de todas las emancipaciones, desde que paseó por el mundo con la revolución francesa.

Puede decirse que el plan del poema no existe, en el sentido artificial de la expresión.

A medida que se lee, se asiste, por decirlo así, á la gestación progresiva del poema: Zorrilla ha obedecido, quizá sin deliberarlo, á la ley del desarrollo natural, y es por eso que su composición vive como un organismo.

Los luctuosos días de la dominación brasilera se alzan ante la mente del poeta, y evoca entonces el recuerdo del grupo imperecedero que sacudió el ominoso yugo.

Muestra á los *Treinta y Tres* patriotas que cruzan el Uruguay en una mañana de Abril, y como los pescadores de Nápoles al mando de Masaniello,

Alzan la barcarola de la aurora
De ritmo audaz y cadencioso brío,
¡La eterna barcarola redentora!

Nada más vivo y coloreado por la esperanza, que esa aurora del desembarco de los audaces libertadores. Asistimos conmovidos á esa heroica é inverosímil expedición que dió á luz á la República Oriental, y que parece hoy tan fabulosa como los tejidos de transparentes leyendas que envuelven á guisa de cortinas la cuna de los pueblos. Conseguido el doble triunfo y alcanzada la redención de ese pueblo oriental que aplastó, como Hércules en su infancia, las serpientes enroscadas en

su cuerpo, entona el inspirado vate la *geórgica* de la tierra fecunda:

Rompa tu arado de la madre tierra
El seno en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga...

Tal es el plan sencillo y grande del poema. En cuanto á la ejecución, al estilo poético, me parece de todo punto admirable. Abundancia de ideas é imágenes, gallardía y vigor en la estructura del período poético, frescura y novedad; tiene Zorrilla las grandes fases del genio poético. Le salta del corazón á los labios, sin esfuerzo aparente, el grito arrebatador, el rápido verso pindárico, la palabra henchida de sustancia luminosa, que deja rastro deslumbrante en el espacio, á manera de relámpago que no es sino una chispa, un punto fulgurante, pero que por su rapidez parece una serpiente de fuego bajando del cielo á la tierra.

Después de esta obra maestra, ¿qué escribirá Zorrilla? Me da tentación de gritarle: el gran poema moderno es el drama, el choque de las pasiones encarnadas en personas vivas, la pintura de la vida humana en su idealizada realidad. Tiene usted un admirable instrumento, hágalo vibrar. Tiene usted un magnífico talento, respételo!

La palabra de un transeunte no es sino una bocanada de viento que agita el follaje, y pasa para no volver más. Pero en ciertas horas felices, el viento estéril, al sacudir las ramas, hace caer en el suelo preparado el germen maduro, contribuyendo así al gran misterio de la fecundación.

Entretanto, la República Oriental posee un verdadero poeta: ave rara en tierra americana.

PABLO GROUSSAC.

Montevideo, Febrero 10 de 1883.